

LAS PREGUNTAS DEL DESASTRE

Barrios enteros contruidos en los cauces de los ríos y barrancos y sin que haya obras hidráulicas de control ni desvío de las avenidas. Ciudades impermeables que impiden un ciclo más natural del agua. Falta de una articulación más amable entre lo construido y lo natural. Viviendas de mediocre calidad constructiva muchas de las cuales no aguantaron el embate. Si al menos fueran palafíticas en las zonas inundables; pero no: sótano, baja y primera, que se han convertido en verdaderas ratoneras.

Urbanismo no es solamente ordenar el negocio inmobiliario optimizando el beneficio. Es, deontológicamente, velar por la salud urbana y por la vida de los vecinos. Los arquitectos tenemos algo que decir sobre todo esto y debemos hacerlo.

Planes de seguridad confusos o inexistentes. Dejar que los niños vayan al colegio y los trabajadores a sus centros cuando hay una alerta roja y un diluvio en puertas. Aconsejar a todos que permanezcan en sus casas, incluso las que van a anegarse, condenándolos a una muerte segura. Carencia de criterios de evacuación y de puntos seguros de acogida. Aquí también los arquitectos tenemos algo que decir.

Más allá de lo inmediato, de las necesidades de la promoción y de la política, más allá del relato fácil, **los Colegios de Arquitectos han de orientar, aconsejar y participar** en la determinación de futuro de estas poblaciones y de muchas otras. Han de servir a la sociedad.